

La ley de hierro de la oligarquía revisitada: élites, instituciones y evolución en la teoría política contemporánea

The Iron Law of Oligarchy Revisited: Elites, Institutions, and Evolution in Contemporary Political Theory

Facundo Guadagno Balmaceda ¹

¹ Universidad de Buenos Aires.

facundo.guadagno@gmail.com (Autor de correspondencia)

Resumen. La ley de hierro de la oligarquía, formulada por Robert Michels, ha sido tradicionalmente interpretada como una tesis sobre la inevitabilidad de la concentración del poder en organizaciones complejas. Este ensayo bibliográfico examina críticamente cómo la literatura contemporánea ha abordado —directa o indirectamente— este problema a través de tres enfoques principales: el institucionalismo político-económico, la teoría de la democracia de partidos y la antropología evolutiva. A partir del análisis comparativo de obras clave como *Why Nations Fail* (Acemoglu & Robinson, 2012), *Ruling the Void* (Mair, 2013), *Governing the Commons* (Ostrom, 1990) y *Hierarchy in the Forest* (Boehm, 1999), se argumenta que ninguna de estas tradiciones logra por sí sola explicar plenamente la persistencia de las élites. El trabajo propone una síntesis que incorpora limitaciones cognitivas, escala social y mecanismos evolutivos para reinterpretar la ley de Michels como una regularidad probabilística y no como una ley universal.

Palabras clave: oligarquía, élites, instituciones, democracia

Abstract. The iron law of oligarchy, formulated by Robert Michels, has traditionally been interpreted as a thesis about the inevitability of power concentration in complex organizations. This bibliographic essay critically examines how contemporary literature has addressed —directly or indirectly— this problem through three main approaches: political-economic institutionalism, party democracy theory, and evolutionary anthropology. Based on a comparative analysis of key works such as *Why Nations Fail*, *Ruling the Void*, *Governing the Commons*, and *Hierarchy in the Forest*, it is argued that none of these traditions alone fully explains the persistence of elites. The paper proposes a synthesis that incorporates cognitive limitations, social scale, and evolutionary mechanisms to reinterpret Michels' law as a probabilistic regularity rather than a universal law.

Keywords: oligarchy, elites, institutions, democracy

Historial: Recibido: 28 de marzo de 2026 | Aceptado: 15 de mayo de 2026

Ética/Financiamiento: El autor declara no tener conflictos de interés. La investigación fue autofinanciada y no recibió financiamiento externo.

Este documento está bajo una licencia
CC BY-NC-ND 4.0.

Cómo citar (APA): Guadagno Balmaceda, F. (2026). La ley de hierro de la oligarquía revisitada: élites, instituciones y evolución en la teoría política contemporánea. *Conocimiento i Política*, 7(1), 287-303. DOI: 10.64480/cip.2026.n7.10.

1. Introducción

Desde su formulación en *Political Parties*, la denominada ley de hierro de la oligarquía ha sido considerada uno de los diagnósticos más influyentes acerca de los límites organizacionales de la democracia moderna (Michels, 1911). Su tesis central —según la cual toda organización compleja tiende a concentrar el poder en una minoría dirigente— ha sido ampliamente discutida, reformulada y, en algunos casos, relativizada por distintas corrientes de la teoría política y social. No obstante, una característica persistente de esta recepción ha sido su fragmentación analítica: los desarrollos contemporáneos han tendido a abordar la persistencia de las élites desde marcos institucionales, económicos o normativos sin articular una explicación integrada de los mecanismos subyacentes que hacen posible dicha concentración del poder.

Este ensayo parte de la hipótesis de que dicha fragmentación responde, en gran medida, a la ausencia de una fundamentación en los condicionantes evolutivos y cognitivos de la acción colectiva humana. En efecto, buena parte de la literatura contemporánea ha explicado la persistencia de las élites en términos de incentivos institucionales (Acemoglu & Robinson, 2012), transformaciones en los sistemas de representación política (Mair, 2013) o condiciones de gobernanza local que permiten evitar la centralización (Ostrom, 1990), mientras que solo de manera marginal se ha considerado la evidencia proveniente de la antropología evolutiva sobre la estructura de las jerarquías humanas y los mecanismos de control social en sociedades preestatales (Boehm, 1999).

La consecuencia de esta omisión es teóricamente significativa. Sin una comprensión de las disposiciones psicológicas evolucionadas —tales como la tendencia a la deferencia hacia individuos prestigiosos, la aceptación de la delegación en contextos de complejidad informacional y las limitaciones cognitivas para el monitoreo de grandes grupos—, las explicaciones institucionales resultan incompletas. En este sentido, la persistencia de las élites no puede ser reducida únicamente a arreglos estratégicos o fallas normativas, sino que debe ser entendida como el producto de un desajuste entre mecanismos cognitivos adaptados a entornos de pequeña escala y las exigencias organizacionales de las sociedades modernas (Henrich, 2016; Tomasello, 2014; Dunbar, 1992).

Sobre esta base, el presente ensayo examina críticamente un conjunto de obras influyentes que, aunque no siempre dialogan explícitamente con Michels, abordan el problema de la concentración del poder en contextos contemporáneos. Se argumenta que estas contribuciones, consideradas de manera aislada, ofrecen explicaciones parciales, y que solo mediante su relectura desde un marco evolutivo es posible reconstruir una interpretación más robusta de la ley de hierro de la oligarquía. En lugar de concebirla como una ley universal e invariable, se propone entenderla como una regularidad emergente cuya probabilidad aumenta en función de la escala social, la complejidad organizacional y los límites cognitivos de los agentes.

2. El institucionalismo y la persistencia de las élites: alcances y límites desde una perspectiva evolutiva

En *Why Nations Fail*, Acemoglu y Robinson (2012) desarrollan una de las explicaciones contemporáneas más influyentes sobre la persistencia de las élites, centrada en la distinción entre instituciones inclusivas y extractivas. Según su argumento, las élites logran reproducir su posición dominante mediante arreglos institucionales que concentran el poder político y económico, generando incentivos para bloquear transformaciones que puedan amenazar su control. En este marco, la desigual distribución del poder no aparece como una anomalía, sino como el resultado lógico de equilibrios estratégicos sostenidos en el tiempo, en los cuales las élites utilizan las instituciones para perpetuar su dominio (Acemoglu & Robinson, 2012).

Esta perspectiva presenta una afinidad evidente con la intuición de Michels, en la medida en que reconoce la tendencia de las organizaciones complejas a producir estructuras de poder concentradas y relativamente autónomas respecto de las bases sociales que, en principio, deberían controlar. Sin embargo, la explicación institucionalista introduce un desplazamiento significativo: la oligarquización deja de ser concebida como una dinámica interna de la organización y pasa a ser interpretada como el resultado de incentivos estratégicos mediados por reglas formales e informales.

No obstante, este desplazamiento explicativo tiene un costo analítico importante. Al privilegiar el nivel institucional, el enfoque de Acemoglu y Robinson tiende a presuponer, más que a explicar, la disposición de los actores a aceptar, reproducir o no desafiar estructuras de poder altamente desiguales. En otras palabras, si bien el

modelo da cuenta de cómo las élites se mantienen en el poder, resulta menos convincente al momento de explicar por qué los no-élites no logran, de manera sistemática, revertir dichos arreglos, incluso cuando enfrentan incentivos materiales para hacerlo. Este punto remite a un problema clásico de acción colectiva ya señalado por Olson (1965), pero que en este contexto adquiere una dimensión adicional vinculada a las capacidades cognitivas de los individuos.

Desde una perspectiva evolutiva, esta limitación se vuelve particularmente evidente. La literatura en psicología y antropología ha mostrado que los seres humanos no operan como agentes plenamente racionales capaces de monitorear y desafiar estructuras complejas de poder, sino como individuos con capacidades cognitivas limitadas, adaptadas a entornos de pequeña escala y a interacciones cara a cara (Simon, 1957; Dunbar, 1992; Tomasello, 2014). En este sentido, la delegación de autoridad, la deferencia hacia figuras percibidas como competentes y la dificultad para procesar información institucional compleja no son meros epifenómenos, sino condiciones estructurales de la acción colectiva en sociedades extensas.

En consecuencia, la persistencia de las élites no puede ser comprendida exclusivamente como un equilibrio estratégico sostenido por incentivos institucionales, sino que debe ser interpretada como el resultado de la interacción entre dichos incentivos y un conjunto de disposiciones cognitivas evolucionadas que facilitan la concentración del poder. Desde esta perspectiva, el institucionalismo aporta una descripción robusta de los mecanismos de reproducción de las élites, pero carece de una microfundación adecuada que explique por qué dichos mecanismos resultan sistemáticamente efectivos. Es precisamente en este punto donde la intuición de Michels puede ser reformulada y fortalecida mediante su integración con la evidencia proveniente de las ciencias del comportamiento y la evolución humana.

3. Crisis de la representación y autonomización de las élites: una lectura evolutiva de Mair

En *Ruling the Void*, Peter Mair (2013) describe un proceso de transformación de los partidos políticos en el cual estas organizaciones dejan progresivamente de funcionar como canales de representación social para convertirse en estructuras autónomas, crecientemente integradas al aparato estatal y desconectadas de sus bases. Este fenó-

meno, que el autor caracteriza como una “democracia sin pueblo”, implica no solo una mutación institucional, sino una reconfiguración más profunda de la relación entre ciudadanos y élites políticas. Los partidos ya no median demandas sociales de manera efectiva, sino que operan como organizaciones cerradas, profesionalizadas y orientadas a su propia reproducción (Mair, 2013; Katz & Mair, 1995).

A primera vista, el diagnóstico de Mair puede ser interpretado como una confirmación empírica contemporánea de la intuición de Michels: la organización política, en la medida en que se vuelve más compleja, tiende a generar una élite dirigente que se autonomiza respecto de la base social que le dio origen. Sin embargo, al igual que ocurre con el institucionalismo, la explicación ofrecida por Mair permanece fundamentalmente en el nivel meso de las transformaciones organizacionales e institucionales, sin desarrollar una teoría de los mecanismos cognitivos que hacen posible dicha autonomización.

Este punto es crucial. El proceso mediante el cual las élites partidarias se distancian de la ciudadanía no puede ser comprendido únicamente como una deriva organizacional o como una estrategia consciente de los actores políticos. Requiere, además, explicar por qué ese distanciamiento no es sistemáticamente revertido por los propios ciudadanos, incluso en contextos donde los canales formales de participación permanecen abiertos. La respuesta a este interrogante remite nuevamente a las limitaciones cognitivas y a las disposiciones psicológicas evolucionadas de los individuos.

Desde una perspectiva evolutiva, la relación entre ciudadanos y organizaciones políticas masivas presenta un desajuste estructural. Los mecanismos de evaluación social y control colectivo que caracterizaron a los entornos en los cuales evolucionó la especie humana estaban adaptados a grupos pequeños, donde la información sobre el comportamiento de los demás era accesible y las sanciones podían aplicarse de manera directa (Boehm, 1999; Dunbar, 1992). En contraste, las democracias contemporáneas operan en contextos de alta complejidad y anonimato, donde los individuos deben procesar grandes volúmenes de información abstracta y confiar en intermediarios para la toma de decisiones. En este escenario, la tendencia a delegar, a simplificar juicios mediante heurísticas y a otorgar deferencia a figuras percibidas como competentes reduce significativamente la capacidad de control efectivo sobre las élites (Kahneman, 2011; Henrich, 2016).

En consecuencia, lo que Mair describe como un vaciamiento de la democracia puede

ser reinterpretado no solo como una transformación institucional, sino como el resultado de la interacción entre estructuras organizacionales complejas y limitaciones cognitivas profundamente arraigadas. La autonomización de las élites partidarias no es simplemente una desviación del ideal democrático, sino una manifestación de la dificultad inherente que enfrentan los individuos para monitorear y disciplinar organizaciones que exceden los límites de la cooperación evolucionada. Desde esta perspectiva, la contribución de Mair resulta fundamental para describir el fenómeno, pero insuficiente para explicarlo en sus fundamentos, lo que refuerza la necesidad de integrar su diagnóstico en un marco más amplio que incorpore la dimensión evolutiva de la acción colectiva.

4. Ostrom y los límites evolutivos de la gobernanza no oligárquica

La obra de Elinor Ostrom constituye, a primera vista, uno de los desafíos más consistentes a la tesis de la inevitabilidad oligárquica formulada por Michels. En *Governing the Commons*, Ostrom (1990) demuestra empíricamente que diversas comunidades son capaces de gestionar recursos de uso común sin recurrir a estructuras jerárquicas centralizadas ni a mecanismos coercitivos externos. A partir de un análisis comparativo de casos, la autora identifica arreglos institucionales en los cuales los propios usuarios establecen reglas, monitorean su cumplimiento y sancionan desviaciones, logrando así niveles sostenidos de cooperación sin la consolidación de élites dominantes.

Leída en términos estrictamente institucionales, esta evidencia parecería refutar la ley de hierro de la oligarquía, al mostrar que la coordinación colectiva puede sostenerse sin derivar necesariamente en la concentración del poder. Sin embargo, una lectura más detenida revela que el alcance de esta conclusión es más limitado de lo que su formulación sugiere. En efecto, las condiciones bajo las cuales estos sistemas de gobernanza resultan estables remiten de manera sistemática a configuraciones sociales de pequeña escala, con alta densidad de interacción, conocimiento mutuo entre los participantes y posibilidades efectivas de monitoreo directo (Ostrom, 1990; Ostrom, 2005). Estas características no constituyen meros atributos contingentes de los casos estudiados, sino que definen el entorno en el cual tales arreglos institucionales pueden operar sin generar dinámicas de concentración del poder.

Desde una perspectiva evolutiva, este punto adquiere una relevancia decisiva. Las

condiciones identificadas por Ostrom coinciden estrechamente con aquellas bajo las cuales evolucionaron los mecanismos humanos de cooperación y control social: grupos relativamente pequeños, interacciones repetidas y capacidad de sanción directa sobre comportamientos desviados (Boehm, 1999; Tomasello, 2014). En este sentido, la aparente excepción que representan los sistemas de gobernanza policéntrica no constituye una refutación de la dinámica oligárquica, sino más bien una indicación de sus límites estructurales. Allí donde las relaciones sociales permanecen dentro de los umbrales cognitivos que permiten el seguimiento individualizado de la conducta —umbral que ha sido estimado en torno a las redes sociales manejables por los individuos (Dunbar, 1992)—, los mecanismos igualitarios pueden sostenerse y bloquear la emergencia de élites estables.

El problema surge cuando estas condiciones dejan de cumplirse. A medida que aumenta la escala de la organización, se incrementa la complejidad informacional, se diluyen las relaciones cara a cara y se vuelve inviable el monitoreo directo, los mecanismos de control horizontal pierden eficacia. En ese contexto, la delegación de funciones, la especialización y la concentración de información generan las condiciones para la estabilización de élites, reproduciendo precisamente la dinámica identificada por Michels. Desde esta perspectiva, la contribución de Ostrom no invalida la ley de hierro de la oligarquía, sino que permite delimitar con mayor precisión su ámbito de aplicación: la oligarquización no es un destino inevitable en abstracto, pero se vuelve altamente probable cuando las formas de organización social exceden los límites cognitivos y relacionales para los cuales evolucionaron los mecanismos humanos de cooperación.

En consecuencia, la teoría de Ostrom puede ser reinterpretada no como una alternativa normativa a Michels, sino como una evidencia empírica de que la posibilidad de evitar la concentración del poder depende críticamente de variables que, en última instancia, tienen una base evolutiva. La gobernanza sin élites no es imposible, pero su viabilidad está restringida a contextos donde la escala y la complejidad no desbordan las capacidades cognitivas de los individuos. Allí donde ese umbral es superado, las condiciones que permiten la cooperación horizontal tienden a erosionarse, abriendo el camino a la formación de estructuras oligárquicas.

5. Escala, complejidad y desajuste evolutivo: condiciones estructurales de la oligarquización

Uno de los aspectos más sistemáticamente subestimados en las discusiones contemporáneas sobre la ley de hierro de la oligarquía es el papel de la escala organizacional como variable explicativa central. Mientras que las interpretaciones clásicas de Michels enfatizan la dinámica interna de las organizaciones y los enfoques institucionalistas privilegian los incentivos estratégicos, ambos tienden a pasar por alto una restricción fundamental: las capacidades cognitivas de los individuos que participan en dichas estructuras. En este sentido, la expansión de la escala social no constituye simplemente un cambio cuantitativo, sino una transformación cualitativa que altera las condiciones mismas de posibilidad del control democrático.

La literatura en antropología y psicología evolutiva ha mostrado que los seres humanos evolucionaron en contextos de interacción relativamente acotados, donde el número de relaciones sociales estables que un individuo puede mantener se encuentra limitado por restricciones cognitivas específicas. El llamado “número de Dunbar”, estimado en torno a las 150 relaciones, no debe interpretarse como una cifra rígida, sino como un indicador de la capacidad humana para sostener redes sociales basadas en el conocimiento directo, la reputación y el monitoreo interpersonal (Dunbar, 1992). En estos entornos, la cooperación se encuentra sostenida por mecanismos informales de control social que dependen de la visibilidad de la conducta y de la posibilidad de aplicar sanciones de manera inmediata.

El pasaje a sociedades de gran escala implica la erosión progresiva de estas condiciones. A medida que aumenta el tamaño de las poblaciones y la complejidad de las interacciones, las relaciones dejan de estar estructuradas por el conocimiento directo y pasan a depender de sistemas abstractos de coordinación. Este proceso introduce niveles crecientes de anonimato, reduce la capacidad de los individuos para evaluar el comportamiento de otros actores y dificulta la aplicación de mecanismos informales de sanción. En este contexto, la necesidad de estructuras organizativas capaces de gestionar la complejidad —incluyendo formas de burocracia, especialización funcional y delegación de autoridad— emerge no como una elección contingente, sino como una condición prácticamente inevitable de la coordinación social (North, 1990; Tilly, 1990).

La división del trabajo, en particular, desempeña un papel decisivo en este proceso.

Como ya había señalado Durkheim (1893), el aumento de la especialización funcional transforma la naturaleza de la cohesión social, desplazándola desde formas basadas en la similitud hacia formas basadas en la interdependencia. Sin embargo, este mismo proceso genera asimetrías crecientes en el acceso a la información y en la capacidad de toma de decisiones. En organizaciones complejas, los individuos dependen de expertos y de actores especializados para comprender y gestionar ámbitos específicos de la vida social, lo que introduce una brecha estructural entre quienes poseen conocimiento técnico y quienes no. Esta brecha, lejos de ser neutral, constituye una de las bases más sólidas para la consolidación de élites, en la medida en que el control del conocimiento se traduce en capacidad de influencia y de dirección (Simon, 1957).

Desde una perspectiva evolutiva, estas transformaciones pueden ser interpretadas como un desajuste entre las condiciones bajo las cuales evolucionaron los mecanismos humanos de cooperación y las exigencias de las sociedades modernas. Los individuos se ven obligados a operar en entornos que exceden sus capacidades cognitivas para el monitoreo directo, lo que los lleva a depender de intermediarios, a simplificar la información mediante heurísticas y a delegar decisiones en actores percibidos como más competentes o mejor informados. Este conjunto de disposiciones, lejos de ser contingente, está profundamente arraigado en la arquitectura cognitiva humana (Kahneman, 2011; Henrich, 2016).

En consecuencia, la relación entre escala, complejidad y oligarquización no puede ser entendida únicamente en términos institucionales o funcionales, sino que debe ser concebida como el resultado de una interacción entre estructuras sociales y limitaciones cognitivas evolucionadas. La concentración del poder no emerge simplemente porque las élites diseñan instituciones que la favorecen, sino porque los individuos que participan en sistemas de gran escala carecen de los recursos cognitivos necesarios para sostener mecanismos efectivos de control horizontal. Desde esta perspectiva, la ley de Michels adquiere una nueva formulación: no como una afirmación normativa sobre la inevitabilidad de la dominación, sino como una consecuencia estructural del desajuste entre la escala de las organizaciones modernas y las capacidades cognitivas de los agentes que las integran.

6. Instituciones y trayectorias de poder: una reinterpretación desde las restricciones cognitivas

La literatura institucionalista ha desarrollado un conjunto de herramientas conceptuales particularmente influyentes para explicar la persistencia de estructuras de poder en el tiempo, entre las cuales destacan las nociones de dependencia de trayectoria, captura institucional y costos de monitoreo. En términos generales, estas aproximaciones coinciden en señalar que las instituciones no solo estructuran el comportamiento de los actores, sino que también tienden a reproducir configuraciones previas de poder, generando dinámicas de estabilidad que dificultan transformaciones profundas (Pierson, 2000). Desde esta perspectiva, la concentración del poder no es un accidente, sino el resultado de procesos acumulativos en los cuales decisiones iniciales condicionan de manera creciente las opciones disponibles en el futuro.

Sin embargo, aunque este enfoque permite describir con notable precisión la persistencia de las élites, deja abierta una cuestión fundamental: por qué estos mecanismos logran sostenerse en el tiempo sin ser sistemáticamente desafiados por los actores que resultan perjudicados por ellos. La noción de captura institucional, tal como ha sido desarrollada en la economía política, sugiere que las élites pueden apropiarse de recursos organizacionales y moldear reglas a su favor (Stigler, 1971; Acemoglu & Robinson, 2012). No obstante, esta explicación supone implícitamente que los actores no-élites carecen de la capacidad o de la coordinación necesaria para revertir dichas dinámicas, sin indagar en las razones más profundas de esta limitación.

El problema se vuelve aún más evidente cuando se consideran los costos asociados al monitoreo y control de las instituciones. La tradición inaugurada por Olson (1965) ha mostrado que la acción colectiva enfrenta obstáculos significativos cuando los beneficios son difusos y los incentivos a la participación individual son bajos. Ostrom (1990), por su parte, ha demostrado que bajo ciertas condiciones estos problemas pueden ser mitigados, pero también ha señalado que dichos arreglos requieren niveles de información, proximidad social y capacidad de sanción que no siempre están disponibles en contextos de gran escala. En conjunto, estos enfoques convergen en la idea de que el control democrático no es gratuito, sino que implica costos crecientes a medida que aumenta la complejidad organizacional.

Desde una perspectiva evolutiva, estos desarrollos pueden ser reinterpretados como

manifestaciones institucionales de una restricción más profunda: los límites cognitivos de los individuos para procesar información compleja, coordinar acciones colectivas y sostener mecanismos de vigilancia en entornos de gran escala. La dependencia de trayectoria no solo refleja la inercia de las instituciones, sino también la tendencia de los individuos a apoyarse en estructuras existentes como atajos cognitivos frente a la complejidad. La captura institucional no es únicamente el resultado de estrategias deliberadas de las élites, sino también de la asimetría sistemática entre quienes concentran información y quienes deben confiar en ella. Del mismo modo, los costos de monitoreo no constituyen simplemente una variable económica, sino una expresión de las limitaciones humanas para sostener niveles elevados de atención, coordinación y sanción en contextos donde las interacciones son impersonales y mediadas por estructuras abstractas.

En este sentido, las categorías centrales del institucionalismo pueden ser integradas en un marco más amplio que las reubique como efectos derivados de la interacción entre estructuras organizacionales complejas y capacidades cognitivas limitadas. La persistencia de las élites no se explica únicamente por la existencia de instituciones que la favorecen, sino por el hecho de que dichas instituciones operan en entornos donde los individuos no pueden monitorear eficazmente su funcionamiento ni coordinar respuestas colectivas sostenidas. Desde esta perspectiva, la ley de Michels encuentra un fundamento más robusto: la reproducción de las élites no depende exclusivamente de su capacidad para diseñar reglas a su favor, sino también de las condiciones cognitivas que hacen que esas reglas sean difícilmente impugnables.

7. Vacíos analíticos y la necesidad de una microfundación evolutiva

A pesar de la sofisticación alcanzada por las distintas tradiciones que han abordado el problema de la persistencia de las élites, el recorrido realizado en las secciones anteriores permite identificar una limitación común que atraviesa estos enfoques: la ausencia de una articulación sistemática entre los niveles de análisis en los que operan sus explicaciones. Tanto el institucionalismo como la teoría de la representación política y los estudios sobre gobernanza ofrecen descripciones detalladas de los mecanismos mediante los cuales se reproduce el poder en contextos organizacionales complejos, pero tienden a oscilar entre niveles macro y meso sin proporcionar una microfundación robusta que dé cuenta de los comportamientos individuales que

sostienen dichos procesos.

Esta desconexión se vuelve particularmente problemática en el caso de la ley de hierro de la oligarquía, cuya fuerza explicativa depende precisamente de la capacidad para vincular dinámicas organizacionales con disposiciones individuales. En ausencia de este puente, la concentración del poder aparece alternativamente como el resultado de incentivos institucionales, transformaciones estructurales o estrategias de actores colectivos, sin que se esclarezcan los mecanismos cognitivos que hacen posible la estabilidad de dichas configuraciones. En este sentido, la literatura revisada tiende a presuponer que los individuos pueden, en principio, monitorear, evaluar y eventualmente desafiar a las élites, pero que no lo hacen debido a restricciones externas o fallas de coordinación. Sin embargo, esta suposición pasa por alto que tales capacidades no son ilimitadas, sino que están condicionadas por la arquitectura cognitiva de los agentes.

La omisión de una teoría explícita de la cognición política constituye, en este marco, un vacío particularmente significativo. Los avances en psicología cognitiva y ciencias del comportamiento han mostrado que los individuos operan bajo condiciones de racionalidad limitada, utilizan heurísticas para procesar información compleja y tienden a delegar decisiones en contextos de incertidumbre (Kahneman, 2011; Simon, 1957). Estas disposiciones no son meros desvíos respecto de un ideal de racionalidad plena, sino adaptaciones funcionales a entornos donde la información es incompleta y los costos de procesamiento son elevados. En consecuencia, la dificultad para sostener un control efectivo sobre las élites no puede ser explicada únicamente en términos de fallas institucionales, sino que debe ser entendida como una consecuencia directa de las limitaciones cognitivas que caracterizan a los individuos.

Más aún, la escasa incorporación de la perspectiva evolutiva en estos debates limita la capacidad explicativa de la teoría política contemporánea. La evidencia acumulada en antropología y evolución cultural sugiere que los mecanismos de cooperación, sanción y control social que caracterizan a las sociedades humanas fueron moldeados en contextos de pequeña escala, donde las interacciones eran repetidas y la información sobre el comportamiento de los demás era accesible (Boehm, 1999; Henrich, 2016; Tomasello, 2014). La traslación de estos mecanismos a entornos de gran escala introduce tensiones que no pueden ser resueltas únicamente mediante arreglos institucionales. En este sentido, la persistencia de las élites puede ser interpretada como el resultado de un desajuste entre las condiciones bajo las cuales evolucionaron

las capacidades humanas de cooperación y las exigencias organizacionales de las sociedades modernas.

En consecuencia, los vacíos identificados no constituyen meras omisiones empíricas o conceptuales, sino que remiten a la necesidad de reformular el problema en un nivel más fundamental. Integrar los aportes del institucionalismo, la teoría de la representación y la antropología política requiere incorporar una microfundación que dé cuenta de las capacidades y limitaciones de los individuos que participan en las estructuras analizadas. Solo a partir de esta integración es posible avanzar hacia una reinterpretación de la ley de Michels que no se limite a describir la concentración del poder, sino que explique por qué dicha concentración emerge de manera recurrente en contextos de creciente complejidad social.

8. Reinterpretación de la ley de hierro de la oligarquía: una microfundación evolutiva

El recorrido previo permite sostener que la principal limitación de las interpretaciones contemporáneas de la ley de hierro de la oligarquía no reside en la falta de evidencia empírica sobre la persistencia de las élites, sino en la ausencia de un marco teórico capaz de integrar dicha evidencia en un nivel explicativo más fundamental. En efecto, tanto el institucionalismo como la teoría de la representación y los estudios sobre gobernanza han logrado describir con precisión los mecanismos mediante los cuales se reproduce el poder en contextos organizacionales complejos, pero han tendido a tratar estos mecanismos como autosuficientes, sin indagar en las condiciones cognitivas que hacen posible su funcionamiento.

Desde esta perspectiva, la tesis de Michels puede ser reformulada no como una ley universal ni como una mera generalización empírica, sino como la expresión de un desajuste estructural entre las capacidades cognitivas de los individuos y la escala de las organizaciones en las que participan. Los seres humanos evolucionaron en entornos caracterizados por interacciones cara a cara, redes sociales limitadas y posibilidades efectivas de monitoreo directo, donde los mecanismos de control colectivo podían operar con relativa eficacia (Boehm, 1999; Dunbar, 1992; Tomasello, 2014). En estos contextos, la acumulación estable de poder encontraba obstáculos sistemáticos, ya que los intentos de dominación podían ser detectados y sancionados

por el grupo.

El pasaje a sociedades de gran escala introduce una transformación cualitativa en estas condiciones. La complejidad organizacional, la división del trabajo y la abstracción creciente de las relaciones sociales generan entornos en los cuales los individuos ya no pueden observar directamente el comportamiento de quienes toman decisiones, ni evaluar de manera independiente la información necesaria para ejercer un control efectivo. En consecuencia, se ven obligados a recurrir a mecanismos de delegación, a confiar en intermediarios y a simplificar la información mediante heurísticas que reducen la carga cognitiva (Simon, 1957; Kahneman, 2011). Este proceso no es contingente, sino estructural: constituye una respuesta adaptativa a entornos que exceden las capacidades de procesamiento individuales.

En este marco, la concentración del poder puede ser entendida como un resultado emergente de la interacción entre estructuras organizacionales complejas y limitaciones cognitivas profundamente arraigadas. Las élites no solo se consolidan porque logran capturar instituciones o diseñar reglas a su favor, sino porque operan en un entorno en el cual los individuos carecen de los recursos cognitivos necesarios para monitorear su comportamiento de manera sistemática. La asimetría en el acceso a la información, la especialización técnica y la distancia social no son simplemente variables institucionales, sino condiciones que amplifican las limitaciones inherentes de los agentes.

Así reformulada, la ley de Michels deja de ser una afirmación categórica sobre la inevitabilidad de la oligarquía y pasa a ser entendida como una regularidad estructural cuya intensidad varía en función de la relación entre escala organizacional y capacidades cognitivas. En contextos donde esta relación se mantiene dentro de los umbrales que permiten el monitoreo directo y la sanción efectiva —como en los casos analizados por Ostrom (1990)—, la concentración del poder puede ser contenida o revertida. Sin embargo, a medida que las organizaciones exceden dichos umbrales, las condiciones que hacen posible el control horizontal tienden a erosionarse, incrementando la probabilidad de que emerjan estructuras oligárquicas relativamente estables.

9. Discusión: integración teórica y alcances de la reinterpretación

La reinterpretación propuesta permite integrar en un marco común contribuciones que, en la literatura, han sido tratadas como alternativas o incluso como posiciones incompatibles. La aparente tensión entre la inevitabilidad de la oligarquía sugerida por Michels, la evidencia de gobernanza horizontal documentada por Ostrom y el igualitarismo activo descrito por Boehm puede ser resuelta si se introduce la escala como variable mediadora y se reconocen las limitaciones cognitivas como condición estructural de la acción colectiva.

Desde esta perspectiva, las diferencias entre estos enfoques no remiten a desacuerdos empíricos fundamentales, sino a la observación de fenómenos que operan bajo condiciones distintas. Las sociedades de pequeña escala y alta densidad relacional pueden sostener mecanismos igualitarios precisamente porque se encuentran dentro de los límites para los cuales evolucionaron las capacidades humanas de cooperación y control social. En cambio, las organizaciones modernas, caracterizadas por su tamaño, complejidad y grado de abstracción, generan condiciones en las cuales dichos mecanismos pierden eficacia, favoreciendo la consolidación de élites.

Este enfoque permite, además, reinterpretar las categorías del institucionalismo como expresiones de restricciones más profundas. La dependencia de trayectoria, la captura institucional y los costos de monitoreo no constituyen explicaciones últimas, sino manifestaciones de la dificultad que enfrentan los individuos para intervenir eficazmente en estructuras complejas. En este sentido, la persistencia de las élites no puede ser atribuida exclusivamente a su capacidad estratégica, sino que debe ser entendida como el resultado de un entorno en el cual las condiciones cognitivas favorecen la delegación y dificultan el control.

10. Conclusión

La ley de hierro de la oligarquía ha sido tradicionalmente interpretada como una afirmación normativa sobre los límites de la democracia o como una generalización empírica derivada de la observación de organizaciones políticas específicas. Sin embargo, el análisis desarrollado en este ensayo sugiere que su verdadero alcance solo puede ser comprendido si se la sitúa en un marco que integre la dimensión

evolutiva de la acción humana.

La tendencia a la concentración del poder no deriva de una supuesta inclinación inmutable hacia la dominación, sino de la interacción entre estructuras organizacionales que exceden los límites de la cooperación directa y capacidades cognitivas adaptadas a entornos de pequeña escala. En este sentido, la oligarquización no es inevitable en abstracto, pero se vuelve altamente probable en contextos donde la complejidad social impide el funcionamiento efectivo de los mecanismos igualitarios.

Reformular la tesis de Michels en estos términos permite no solo clarificar sus condiciones de validez, sino también abrir un programa de investigación orientado a identificar qué arreglos institucionales pueden mitigar —aunque difícilmente eliminar por completo— las dinámicas de concentración del poder en sociedades complejas. Lejos de invalidar la intuición original, esta reinterpretación la sitúa en un nivel explicativo más profundo, donde la persistencia de las élites aparece como una consecuencia estructural del desajuste entre la evolución humana y las formas contemporáneas de organización social.

Referencias

- Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Why nations fail: The origins of power, prosperity, and poverty*. Crown Business.
- Boehm, C. (1999). *Hierarchy in the forest: The evolution of egalitarian behavior*. Harvard University Press.
- Dunbar, R. I. M. (1992). Neocortex size as a constraint on group size in primates. *Journal of Human Evolution*, 22(6), 469–493. [https://doi.org/10.1016/0047-2484\(92\)90081-J](https://doi.org/10.1016/0047-2484(92)90081-J)
- Durkheim, É. (1893). *De la division du travail social*. Alcan.
- Henrich, J. (2016). *The secret of our success: How culture is driving human evolution, domesticating our species, and making us smarter*. Princeton University Press.
- Kahneman, D. (2011). *Thinking, fast and slow*. Farrar, Straus and Giroux.
- Katz, R. S., & Mair, P. (1995). Changing models of party organization and party

democracy: The emergence of the cartel party. *Party Politics*, 1(1), 5–28. <https://doi.org/10.1177/1354068895001001001>

Mair, P. (2013). *Ruling the void: The hollowing of Western democracy*. Verso.

Michels, R. (1911). *Political parties: A sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy*. Free Press. (Edición original publicada en 1911)

North, D. C. (1990). *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge University Press.

Olson, M. (1965). *The logic of collective action: Public goods and the theory of groups*. Harvard University Press.

Ostrom, E. (1990). *Governing the commons: The evolution of institutions for collective action*. Cambridge University Press.

Ostrom, E. (2005). *Understanding institutional diversity*. Princeton University Press.

Pierson, P. (2000). Increasing returns, path dependence, and the study of politics. *American Political Science Review*, 94(2), 251–267. <https://doi.org/10.2307/2586011>

Simon, H. A. (1957). *Administrative behavior: A study of decision-making processes in administrative organization* (2nd ed.). Macmillan.

Stigler, G. J. (1971). The theory of economic regulation. *The Bell Journal of Economics and Management Science*, 2(1), 3–21. <https://doi.org/10.2307/3003160>

Tilly, C. (1990). *Coercion, capital, and European states, AD 990–1990*. Blackwell.

Tomasello, M. (2014). *A natural history of human thinking*. Harvard University Press.